

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
LICENCIATURA EN COMUNICACIÓN Y CULTURA

Una vida entre el cloro y jabón
¿Qué significa ser mujer trabajadora de limpieza
en el contexto patriarcal de la Ciudad de México?

Foto - reportaje
Producto comunicativo

TRABAJO RECEPCIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y CULTURA

PRESENTA
NISA LÓPEZ ÁLVAREZ

DIRECTORA DRA. SAMANTA NORMA ZARAGOZA LUNA
CODIRECTOR MTRO. OCTAVIO SERRA BUSTAMANTE

Ciudad de México, noviembre de 2025

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos

No me alcanzan las letras para agradecer todo lo que tengo que agradecer. Este proyecto, no lo hice sola. Lo hicimos muchas. Lo hicimos en colectivo, con risas, con lágrimas, con palabras profundas, con abrazos sinceros, con gestos de cuidado, con luchas compartidas. Este proyecto es una constelación de afectos, y cada persona aquí nombrada (y también las que no) forman parte de este capítulo que es, sin duda, uno de los más entrañables de mi vida.

Mis primeros agradecimientos son para mi madre, la señora Ana Álvarez Jasso quien, sin saberlo ni imaginarlo, sembró esta búsqueda desde cada jornada de trabajo, desde cada mirada cansada, desde cada gesto de amor y cuidado. Los momentos que hemos vivido juntas, madre mía, los atesoro con todo mi corazón. Solo tú y yo sabemos las cosas que hemos atravesado. Gracias por compartirme no solo tu maternidad, sino también tu historia como mujer. No te miro solo como madre, sino como otra mujer a quien admiro y respeto profundamente. Nunca voy a olvidar nuestras pláticas, cuando me hablas de tu juventud, de tu vida como hija, como hermana, como trabajadora. Has vivido tanto, y has llegado a esta etapa con una sabiduría inmensa, y con una disposición inagotable para seguir cuidando a los demás. Madre, yo sé que este proceso es gracias a muchxs, pero sin duda, el crédito más profundo y verdadero es tuyo. Gracias por nunca negarme una pluma para mis alas, por permitirme volar, incluso cuando para hacerlo tuviste que quitarte algunas de las tuyas. Sé que atravesaste muchas cosas difíciles, entre ellas, tener que dejarnos para ir a trabajar. Pero, madre mía, este trabajo que tienes en las manos es fruto de tu esfuerzo. Y por eso te agradezco, siempre.

A Samanta Zaragoza. Por estar conmigo siempre. Gracias por tu escucha, por tus consejos, por el amor que me tienes. Gracias por no dejarme sola, por acompañarme en los procesos difíciles de mi vida, por compartirme tanto conocimiento desde una ternura profunda. Gracias por mostrarme que otras formas de vida son posibles. Gracias por no dejarme desistir, por enseñarme la empatía pura, la importancia de acompañar. Siempre estarás presente en mi vida y en mi pensamiento. Gracias por sembrar semillas, no solo en mí, sino en cada

alumnx que has acompañado. Créeme: nunca será en vano todo lo que haces. Siempre estarás presente en los corazones de toda esa gente que acompañas y cuidas. Vas a trascender de una manera increíble. Esto también es tuyo, es una de las formas que tengo para agradecerte y decirte lo mucho que te quiero.

A Tania Paloma Hernández, que llegó a mi vida al inicio de la universidad y se quedó para siempre. Te quiero tanto. Agradezco profundamente que la vida nos haya cruzado. Me has acompañado y enseñado con una generosidad inmensa. Gracias por cada historia contada, por cada aventura vivida, por enseñarme que la vida puede ser mejor. Tu cariño es uno de los tesoros más grandes que guardo, y tu amistad, una de las verdades más queridas que tengo. Te admiro muchísimo.

A Yolanda Pineda, gracias por ser la referencia lésbica amorosa y valiente que necesitaba. Tu ternura, tu fuerza, tu claridad, son faros para mí. Gracias por caminar a mi lado, por compartir saberes, por tu forma tan suave de hablar y tan firme de vivir.

A Ana Rosen, amiga, compañera, no fuiste mi maestra de aula, pero si lo eres en la vida. Gracias por tu inteligencia, tu honestidad y tu manera tan combativa de estar en el mundo. Agradezco tanto nuestras charlas y todo lo que me has compartido con tanta lucidez.

A Nadia García, Yesica Jaimes, Karim Garay, Alma Erazo (presente siempre), Aida Analco, Elizer Ixba y Tania Barberán, gracias por ser más que maestras y amigas. Gracias a todas por ser ejemplo, por poner el cuerpo, por enseñarme que educar no termina en el salón, que el compromiso también se vive en las calles. Gracias a todas mis maestras por animarme a terminar, por sembrar en mí la confianza que hoy me trajo hasta aquí. Octavio Serra, sin ti esto tampoco hubiera sido posible, gracias por darme la energía en el seminario y por estar bien presente en este proceso final.

A mis tías: Juana, Araceli y Guadalupe Álvarez. Tía Juana, gracias por cuidarme tantos años, por tratarme como una hija más, por tu firmeza y amor, tus

regaños nunca fueron en balde. A tus hijxs, que se volvieron mis hermanxs, y a sus hijxs, que son mis sobrinxs del alma. Tía Araceli, gracias por ese cariño tan cálido que me abraza siempre, por abrirnos tu hogar de par en par, por apoyarnos tanto. Tú, mi tío y mis primxs que también son mis hermanxs los traigo siempre en mi corazón. Tía Lupe, trabajadora del hogar, parte de tu historia es similar a la de mi madre y también pensé en ti mientras escribía esto, gracias por ofrecerme siempre tu casa como refugio, por tus consejos, por tu ternura. Tías, las amo profundamente. Siempre están en mí.

A mis hermanxs: Teodoro y Ana Gabriela, gracias. Teodoro, por mi cámara soñada y por pensar en mí, pues nadie más lo hizo cuando inicié en el mundo de la fotografía. Ana Gabriela, por hacerte cargo cuando mamá no estaba, por ser sostén, por tu cariño incondicional. Y a mis sobrinxs: Diego, Victoria y Mateo Fabián, les amo con el alma. Ustedes son mi motor. Quiero un mundo más justo, más digno, para ustedes. Gracias por inspirarme cada día.

A Viridiana Valdés, mi compañera, mi amor, mi amiga. Gracias por mirarme con esa fe inmensa, por estar en los momentos en que quise rendirme, por tus palabras que curan, por tu paciencia, por tus abrazos, por esas charlas en las que compartimos sueños. Qué bello es saber que no estoy sola en este camino. Te amo.

A Gris, Les y Viri: Gracias por estar, por escucharme en silencio o entre risas, por leerme con paciencia y por apapacharme con el alma. Ustedes han sido mucho más que amigas en este camino: han sido faros, sostén y espejo. Su ejemplo, su fuerza y su generosidad me han enseñado a ser mejor, a seguir, a no rendirme. Las admiro profundamente, y llevarlas en mi vida es un regalo que agradezco cada día.

A Teresa Ramos y Roberto Rodríguez, que me acogieron como a una hija desde que era adolescente. Gracias por sus consejos, por su aliento constante, por enseñarme que la libertad se construye con pequeños gestos. Gracias por no dejarme desistir.

A todas a quienes me han cuidado y apoyado como se cuidan los gorilas y los chimpancés entre sí —con abrazos largos, con manos que limpian la tristeza, con miradas que protegen, con presencia constante— gracias. Gracias por ser esa manada amorosa que me rodeó cuando más lo necesité, por cuidarme con paciencia, con ternura salvaje y con una sabiduría que no siempre se dice en palabras, pero que se siente en el cuerpo. Ustedes me enseñaron que también en los vínculos humanos hay selvas que se abrazan, familias que no siempre son de sangre, pero sí de corazón. Gracias por cuidarme tanto, como solo se cuida aquello que se ama profundamente.

Y para finalizar, me permito traer las palabras de una mujer que supo llenar el mundo de verdad: Celia Cruz, quien alguna vez cantó:

*"Todo aquel que piense que está solo y que está mal,
tiene que saber que no es así.
Que en la vida no hay nadie solo, siempre hay alguien."*

Introducción	6
CAPÍTULO I. “ENTRE JABÓN Y CLORO”: APORTE DE LOS FEMINISMOS EN LA COMPRENSIÓN DE LA OPRESIÓN DE LAS MUJERES SUBALTERNAS: LAS TRABAJADORAS DE LIMPIEZA	10
1.1 Los feminismos descoloniales como base explicativa	10
1.1.1 Sistema patriarcal, capitalista, racista y colonialista como origen de las opresiones	13
1.1.2 Matriz de opresiones: género, clase, raza	15
1.2 Los sujetos subalternos	17
1.2.1 ¿Y las Mujeres?	18
1.3 Economía del cuidado	20
1.3.1 Cómo opera la matriz de opresiones en las mujeres trabajadoras de limpieza	23
CAPÍTULO II. LA FOTOGRAFÍA COMO DOCUMENTO SOCIAL	27
2.1 ¿Qué es la fotografía?	27
2.2 Los géneros fotográficos	29
2.3 Género documental	30
2.4 Estado del arte del medio fotográfico y su vínculo con el cuidado	31
2.5 Medio y lenguaje	33
2.6 Formato	34
	34
CAPÍTULO III. UNA VIDA ENTRE EL CLORO Y JABÓN ¿QUÉ SIGNIFICA SER MUJER TRABAJADORA DE LIMPIEZA EN EL CONTEXTO PATRIARCAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO?	36
3.1 Pre producción	36
3.2 Producción	38
3.3 Análisis del fotorreportaje	42
	51
Reflexiones finales	53
Bibliografía	54

Introducción

Sus manos son contratadas para garantizar la pulcritud de un escritorio tras el derrame del café matutino, pero su labor suele extenderse más allá de las funciones establecidas en su contrato.

Están en todas partes: en las entradas y salidas de las escuelas, en los baños públicos, en las cocinas de los hoteles más lujosos de la Ciudad de México, en el Sistema de Transporte Colectivo (Metro), en los supermercados y en las panaderías. El cloro y el jabón son sus compañeros constantes; herramientas que, lejos de ser inofensivas, han dejado huellas imborrables en sus cuerpos. Los químicos han dañado incluso sus huellas dactilares.

Por jornadas de 8 a 9 horas diarias, de lunes a sábado y en turnos rotativos, reciben entre \$1,500 y \$2,000 pesos quincenales. Sus tareas varían según el lugar donde trabajen: pueden encargarse de limpiar pasillos, áreas de trabajo, *lockers*, escaleras, oficinas, baños, salones, comedores, loza de restaurante o grandes cocinas industriales. A menudo, también asumen labores que no les corresponden, en un entorno donde sus límites rara vez se respetan.

Esto lo sé desde niña pues mamá me lo contaba al llegar a casa, mientras calentaba unos frijoles de lata para cenar o me lo externaba mientras le masajeaba un poco la espalda y sus pies para calmar el dolor después de haber doblado turno. La veía muy poco cuando era niña, mamá no estaba en los festivales, días festivos, navidades, ni años nuevos, pues todo el tiempo se la pasaba trabajando o durmiendo. El saber que muchas mujeres trabajadoras de limpieza viven la realidad de mi madre y la mía como hija, me ha dado la razón para construir este foto-reportaje como una forma de visibilizar esa experiencia compartida, pero sobre todo: mi amor, respeto y admiración por ella, la señora Jasso, mi madre.

Mi historia familiar me ha permitido comprender profundamente el valor y el significado de las labores de limpieza. A través de esta experiencia cercana,

reconozco la dignidad y el esfuerzo que implican estas tareas, a menudo subestimadas. Por ello, considero fundamental llevar a cabo esta investigación, con el propósito de visibilizar y dignificar este trabajo tan esencial.

Es una ocupación en dónde se requiere un esfuerzo físico demandante y está cargado por prejuicios clasistas, racistas y sexistas, ya que se piensa que el ámbito de la limpieza es un rol que deben cumplir las mujeres, pues estamos “Vinculadas a la capacidad de cuidar y se fundamenta en la idea de que el papel de las mujeres en la reproducción de la vida y en las primeras etapas de la crianza se les dota un instinto y capacidad especial para ocuparse de los cuidados” (Caplan, *et al*, 1987, p. 81). Este planteamiento nos hace ver las desigualdades que se producen en la sociedad y en la cotidianidad, hay que agregar que no sólo es cuestión de género la violencia que viven en su trabajo, sino también de raza, pues la desigualdad socioeconómica está fuertemente ligada con el color de piel. De acuerdo a la Encuesta Nacional de Discriminación (ENADIS) difundida en el año 2022, se señala que “las personas con tonos de piel más oscuros tienen menos probabilidades de contar con un contrato laboral”.

Los roles de género hacen que exista una división al momento de ejercer ciertos trabajos, y las estadísticas no mienten según los resultados de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del cuarto trimestre de 2023 indican que, en México, se registraron 602 mil personas ocupadas en servicios de enfermería. De esta población, el 80.2% son mujeres y el 19.8% hombres (INEGI, 2024). Este empleo tiene un punto en común con el trabajo de la limpieza: el cuidado. De acuerdo a Corina Rodríguez Enríque:

El trabajo de cuidado cumple una función esencial en las economías capitalistas: La reproducción de la fuerza de trabajo. Sin este trabajo cotidiano que permite que el capital disponga todos los días de trabajadores y trabajadoras en condiciones de emplearse, el sistema simplemente no podría reproducirse. El punto es que, en el análisis económico convencional, este trabajo se encuentra invisibilizado y, por el contrario, la oferta laboral se entiende como el resultado de una elección racional de las personas (individuos económicos) (2015, p.36-37).

Las estadísticas en cuanto a las trabajadoras de limpieza según datos actualizados de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del cuarto trimestre de 2023, la distribución por sexo en ocupaciones de limpieza (excepto

en hoteles y restaurantes) muestra que el 63.8% de las personas ocupadas en este sector son mujeres, mientras que el 36.2% son hombres.

Esta información refleja la persistente feminización de las labores de limpieza en México, evidenciando cómo los roles de género continúan influyendo en la división del trabajo.

En el ramo hotelero se encuentran lxs *stewards*, quienes se encargan de lavar la loza, la cristalería, las estufas, los utensilios y de mantener limpia toda la zona de cocina. Este nombre proviene del término anglosajón utilizado dentro del arte de la cocina. El salario promedio de quienes ocupan este puesto es de aproximadamente \$4,100 pesos mensuales, por jornadas de nueve horas diarias y con solo un día de descanso a la semana. No se conoce con exactitud el porcentaje de hombres y mujeres que laboran en esta área, ya que se trata de un sector flotante debido a la alta carga de trabajo que implica.

Por todo lo anterior, resulta relevante realizar un fotorreportaje sobre mi madre, ya que a través de él se puede conocer todo lo que atraviesa una mujer morena, madre soltera y trabajadora de limpieza en un entorno marcado por estructuras patriarcales y racistas.

Este proyecto se aborda desde los estudios subalternos y se fundamenta en una metodología cualitativa feminista, pues como bien afirma María Milagros Rivera en su libro *Nombrar el mundo en femenino*: “Tenemos la suficiente memoria histórica y testimonial para hablar de lo que las mujeres han hecho” (1994, p.157). Yo agregaría: también de lo que han vivido.

Por ello, recurro a la fotografía documental como base del fotorreportaje, para narrar, desde el testimonio visual y afectivo, la experiencia de mi madre y su lugar en el mundo.

En el día a día de las trabajadoras de limpieza se encuentra la economía feminista, ya que es una corriente preocupada por visibilizar las desigualdades de género y las repercusiones que tienen las dinámicas económicas en la vida de las mujeres. Lo anterior es relevante para el desarrollo conceptual de la investigación, pero también es importante leer los momentos en los cuales ese trabajo dignificó

y brindó lo necesario para solventar: casa, comida, educación entre muchas cosas más.

El proyecto se desarrolla en tres capítulos:

El capítulo I es el sustento teórico, en éste se plantean los conceptos centrales que guían este trabajo y con los cuales se buscó resolver la pregunta: ¿Cómo vive una mujer trabajadora de limpieza en un mundo patriarcal en la ciudad de México?.

El capítulo II es la justificación del medio elegido para construir un fotorreportaje sobre la experiencia de mi madre. Este producto comunicativo tiene como base la fotografía documental en diálogo con una narración visual. La elección de este medio no responde únicamente a criterios técnicos, sino a una intención ética y afectiva de dignificar la historia de mi madre. A lo largo del capítulo, se abordan las características conceptuales, formales y narrativas que fundamentan esta propuesta.

Para finalizar, en el capítulo III, se muestra el proyecto mediático junto con la carpeta de producción. La pregunta general de esta investigación es: ¿Qué significa ser mujer trabajadora de limpieza en el contexto patriarcal de la Ciudad de México?.

Una vez planteado lo anterior, el objetivo principal de este trabajo es analizar qué significó para mi madre ser una mujer trabajadora de limpieza en un contexto patriarcal en la Ciudad de México.

CAPÍTULO I. “ENTRE JABÓN Y CLORO”: APOORTE DE LOS FEMINISMOS EN LA COMPRENSIÓN DE LA OPRESIÓN DE LAS MUJERES SUBALTERNAS: LAS TRABAJADORAS DE LIMPIEZA

1.1 Los feminismos descoloniales como base explicativa

La base explicativa de esta tesis son los feminismos descoloniales, pues me permiten entender la situación compleja que enfrentan las mujeres trabajadoras de limpieza. La opresión que viven en este sistema patriarcal, capitalista, racista y clasista. Los feminismos descoloniales ponen el énfasis en las siguientes explicaciones:

A María Lugones se le debe el concepto de feminismo descolonial. En su obra, define este feminismo como una crítica a los modos en que el género fue impuesto por la colonialidad en los pueblos colonizados, lo que implicó la instauración de jerarquías raciales, sexuales y de clase. “El feminismo descolonial cuestiona la aplicabilidad universal del concepto de género y busca dismantelar las estructuras coloniales que configuran nuestras vidas, reconociendo que el género fue introducido como parte del proyecto colonial” (Lugones, 2008, p. 77). Esta teoría nos permite entender la complejidad de una categoría que se ha tomado como central en los feminismos para entender las opresiones. Además, “Entabla una crítica de la opresión de género racializada, colonial, capitalista y heterosexualista, como una transformación de vida de lo social” (Lugones, 2011, p. 105).

Los feminismos descoloniales que emanan desde América Latina,¹ tienen una relación histórica pertinente con los feminismos negros y Lugones construye su teoría de la colonialidad del género a partir de esta influencia y también de las obras de Anibal Quijano (2000), sociólogo y teórico político peruano. Del feminismo negro, Lugones tomó la noción de la interseccionalidad desarrollada en 1989 por Kimberlé Crenshaw, teórica crítica del racismo en los Estados Unidos. Señala que el género, la clase, la raza o la sexualidad no deben ser vistas como

¹ No se desconoce el debate descolonial en torno a la imposición del nombre “América Latina” por parte de los colonizadores. En contraste, se reconoce la denominación originaria dada por el pueblo kuna: *Abya Yala*, forma con la cual se hará referencia en adelante a estas tierras.

fenómenos separados sino interconectados, de modo que la identidad es múltiple y diversa debido a estos elementos.

La interseccionalidad son cruces de encuentros y esos cruces están llenos de opresiones, como lo reitera Crenshaw (1991, p.1245). Esto permitirá hacer visible las distintas formas de violencia que viven las mujeres y comprender las injusticias que se viven sobre ellas. Sin embargo, es importante señalar que antes de Crenshaw ya existía un amplio recorrido teórico respecto a la articulación de opresiones: Mercedes Olivera (1976), el Colectivo Río Combahee (1977), Patricia Hill Collins, Ochy Curiel, Mara Viveros, Lélia González y otras feministas de color han contribuido significativamente a esta discusión.

Kimberlé Crenshaw y otras mujeres de color feministas hemos argumentado que las categorías han sido atendidas como homogéneas y que seleccionan al dominante, en el grupo, como su norma; por lo tanto <<mujer>> selecciona como norma a las hembras burguesas blancas heterosexuales, <<hombre>> selecciona a machos burgueses blancos heterosexuales, <<negro>> selecciona a machos heterosexuales negros y, así sucesivamente. Entonces se vuelve lógicamente claro que la lógica de separación categorial distorsiona los seres y fenómenos sociales que existen en la intersección como la violencia contra las mujeres de color. En la intersección entre <mujer> y <negro> hay una ausencia donde debería estar la mujer negra precisamente porque ni <mujer> ni <negro> la incluyen. La intersección nos muestra un vacío. Por eso la interseccionalidad nos muestra lo que se pierde, nos queda por delante la tarea de reconceptualizar la lógica de la intersección. (*Idem.*, p.82).

Por su parte, Yuderkys Espinosa (2010) señala que los elementos característicos de los feminismos descoloniales se centran en la discusión del concepto mujer, eso me permite entender cuando hablo de mujeres trabajadoras de limpieza, trabajadoras del hogar, mujeres campesinas, mujeres subalternas y mujeres obreras. Es decir, no podemos hablar de un universal mujer, el universal mujeres no existe, las mujeres son sujetas históricas situadas y dependen de su contexto. Las mujeres por mucho tiempo fueron definidas en función de las características de las mujeres europeas y esto no corresponde a la definición de las mujeres trabajadoras de limpieza.

En este sentido, debemos profundizar en la crítica al "universal mujer" a través del análisis de las mujeres trabajadoras de limpieza, incluso entre ellas. Por ejemplo, las que realizan labores nocturnas limpiando avenidas enfrentan condiciones muy diferentes a las de aquellas que trabajan en espacios cerrados. Las primeras están expuestas a riesgos adicionales como la inseguridad, el clima adverso y la precariedad laboral, además de una menor visibilidad social. Por otro

lado, las trabajadoras de limpieza en oficinas enfrentan desvalorización y jerarquización social dentro del espacio laboral, a pesar de estar más protegidas del entorno externo.

Este análisis permite visibilizar las diferencias y desigualdades internas que atraviesan en su contexto, mostrando factores como el horario, el espacio laboral, la clase social y la racialización que configuran experiencias laborales distintas. Así, hablar de "mujeres trabajadoras de limpieza" como un grupo homogéneo invisibiliza estas complejas intersecciones. Reconocer estas diferencias es esencial para construir narrativas inclusivas que aboguen por estrategias políticas y laborales adaptadas a las necesidades específicas de cada grupo. Este análisis permite visibilizar las diferencias y desigualdades internas que atraviesa cada mujer en su contexto.

Este trabajo parte de la idea de que el género no es suficiente para explicar el porqué de la condición de opresión de las mujeres. Lo entiendo, Por ejemplo, en el caso de las mujeres trabajadoras de limpieza, su ser mujer no es lo único que explica su opresión. Son mujeres, pero vienen de las clases más bajas, de un color de piel diferente, de etnias distintas y contextos distintos. Por lo anterior, vamos a revisar cómo estas opresiones tienen su origen en sistemas históricos, de larga duración como lo son el colonialismo y el capitalismo, origen del entrecruce de las opresiones de género, clase, raza y sexualidad como lo analiza Lugones. Para entender cómo se articulan estas opresiones en la vida de las mujeres trabajadoras de limpieza, es indispensable analizar los sistemas que las producen y sostienen.

1.1.1 Sistema patriarcal, capitalista, racista y colonialista como origen de las opresiones

Maria Lugones hace una crítica al sistema patriarcal, capitalista, racista y colonialista exponiendo que “la misión civilizadora colonial era la máscara eufemística del acceso brutal a los cuerpos de las personas a través de una explotación inimaginable” (2011, p. 108). Explotación que hoy en día se ve en muchos trabajos por ejemplo el que realiza mi madre, pues las trabajadoras de limpieza son expuestas a labores exhaustivas por un sueldo raquítico. Lugones también nos invita a ver el lado duro de la colonialidad pues “Ver la colonialidad es ver la poderosa reducción de seres humanos a animales, inferiores por naturaleza en una comprensión esquizoide de la realidad” (*Idem*, p. 114).

En el caso de las trabajadoras de limpieza, estas dinámicas opresivas están claramente articuladas. La combinación del sistema patriarcal, capitalista y colonialista se manifiesta concretamente a través del sexismo, el clasismo, el racismo y el etnicismo, que juntas limitan, precarizan y jerarquizan su vida laboral y cotidiana.

- El patriarcado está presente porque perpetúa desigualdades de género, asignando a las mujeres trabajos que históricamente han sido vistos como “naturales” para ellas, como el cuidado o la limpieza. La feminización de las tareas domésticas y de las actividades de producción de la vida son herencia del patriarcado.
- El capitalismo las explota al pagar salarios bajos y mantenerlas en condiciones laborales precarias, aprovechándose de su necesidad económica. Si bien la precarización laboral también la enfrentan los hombres, las mujeres son mayormente explotadas y desfavorecidas por el capitalismo.
- El colonialismo opera a través del despojo y la discriminación histórica hacia mujeres racializadas, quienes, debido a su origen étnico o color de piel, son relegadas a los trabajos más invisibilizados y mal remunerados. Ese colonialismo que negó a las mujeres originarias como mujeres, que las concibió como objetos, como animales de carga.

Esto se traduce en una constante exposición al sexismo, clasismo, racismo y etnicismo, los cuales no sólo limitan sus oportunidades, sino que refuerzan su posición en los sectores más desprotegidos del mercado laboral.

La modernidad vino a borrar la existencia de una diversidad de mujeres, clasificándolas por color de piel, estatus social, preferencia sexual, “La modernidad trata de controlar, al negar su existencia, el reto de la existencia de otros mundos con diferentes presuposiciones ontológicas. La modernidad niega esa existencia al robarles la validez y el hecho de su coexistencia en el tiempo. Esta negación es la ‘colonialidad’” (Aparicio y Blazer, s.f., p. 112).

Aníbal Quijano expone que “el trabajo está racializado (tanto el trabajo asalariado como la esclavitud)” (1991, p. 15). Esto me permite entender por qué las trabajadoras de limpieza suelen ser mujeres racializadas, quienes enfrentan desigualdades que no se limitan únicamente al color de piel. Su experiencia laboral y social está atravesada por dinámicas complejas, como el origen étnico, la clase social, la migración y los estereotipos de género, que juntas refuerzan su posición en los sectores más precarizados del mercado laboral. Desde esta perspectiva, resulta evidente cómo el capitalismo, sostenido por el colonialismo, el racismo y el patriarcado, instrumentaliza los cuerpos de las mujeres racializadas, no solo como fuerza de trabajo, sino como un recurso esencial para sostener y reproducir las jerarquías sociales y económicas que perpetúan estas desigualdades.

Es muy importante hacer una crítica a estos sistemas opresivos desde lo teórico pero sobre todo es crucial relacionarla con situaciones concretas, a nuestra realidad, a la realidad de las mujeres trabajadoras de limpieza. Ellas son un ejemplo claro de cómo estos sistemas se combinan para crear y perpetuar desigualdades. Es por eso que autoras como Lugones hablan de la importancia de trabajar por la emancipación de mujeres desde un feminismo descolonial “Al trabajar hacia un feminismo descolonial es aprender unas acerca de las otras como personas que resisten a la colonialidad del género en la diferencia colonial sin necesariamente ser una persona con acceso a información privilegiada” (*ídem*, p. 115). Desde esta perspectiva, resulta clave incorporar otras miradas teóricas que permitan profundizar en cómo se entrelazan distintas formas de

opresión. La propuesta de Patricia Hill Collins sobre la matriz de dominación aporta una herramienta fundamental para ello.

1.1.2 Matriz de opresiones: género, clase, raza

Patricia Hill Collins contribuyó a identificar cómo el género, la clase y la raza se vinculan para formar una “Matriz de dominación” que afecta de manera simultánea. Este malestar se manifiesta a nivel cultural, institucional y personal.

Esta matriz muestra las diferentes formas de opresión y está basada en la raza, el género y clase, estas opresiones están conectadas y se refuerzan mutuamente. “La matriz de dominación general acoge múltiples grupos, cada uno con variadas experiencias de penalidades y de privilegios que generan correspondientes perspectivas parciales, conocimientos situados y, para grupos subordinados claramente identificables” (Collins, 2012, p. 37).

Hill Collins señala el conocimiento situado, este surge de la experiencia vivida de las personas oprimidas. “El conocimiento común, menospreciado, compartido por las afroamericanas, que provienen de nuestras acciones y pensamientos diarios, constituye el primer y más fundamental nivel de conocimiento” (*ídem*, p. 119). En el caso de las trabajadoras de limpieza, esta matriz de dominación se expresa de forma clara: no sólo enfrentan opresión por ser mujeres, sino también porque muchas de ellas son pobres, morenas, de baja escolaridad o provenientes de contextos rurales o indígenas. Estas múltiples condiciones no operan de manera aislada, sino que se entrelazan constantemente, generando una experiencia de subordinación compleja. El género, la clase, la raza, la instrucción limitada y el origen rural se convierten en filtros que definen su lugar en la jerarquía social, limitando sus oportunidades, su movilidad y su acceso a derechos laborales y humanos básicos. Estas condiciones las colocan en una posición de vulnerabilidad múltiple, donde las opresiones de género, clase y raza se combinan para reforzar las desigualdades.

Por ejemplo, muchas trabajadoras de limpieza enfrentan situaciones laborales abusivas, como contratos informales que las dejan sin prestaciones de ley, acceso a servicios médicos o derecho a jubilación. Esto las hace especialmente vulnerables frente a enfermedades o accidentes laborales.

Además, al provenir de contextos rurales o indígenas, algunas enfrentan barreras lingüísticas que limitan sus posibilidades de defenderse o buscar mejores condiciones laborales. En otros casos, la discriminación racial y de clase se refleja en comentarios despectivos de empleadores o en la falta de respeto hacia su trabajo, que muchas veces es invisibilizado y subestimado. Estas manifestaciones concretas no son aleatorias, sino el resultado directo de una estructura social que naturaliza la explotación de cuerpos racializados y feminizados, asignándoles labores consideradas inferiores, indispensables pero invisibles.

Las vidas de las mujeres negras son cruciales para entender la cara multifacética de la opresión. “El pensamiento feminista negro puede estimular una nueva conciencia que utilice el conocimiento cotidiano y menospreciado” (*idem*, p. 116). Este aporte nos recuerda que debemos reconocer los conocimientos que son ignorados y subestimados, nos recuerda que como mujeres debemos valorar nuestras experiencias y conocimientos cotidianos, esto nos llevará a que poco a poco tengamos una transformación entre nosotras.

Collins también aboga por la construcción de alianzas políticas que reconozcan y respeten la diversidad de experiencias. Estas alianzas son esenciales para luchar contra las múltiples formas de opresión, en las cuales las personas y grupos oprimidos no son pasivos. Hay una continua resistencia y creación de estrategias de supervivencia y empoderamiento.

Las mujeres negras, en particular, han desarrollado formas de resistencia que desafían y transforman las estructuras opresivas. Sonia Sánchez afirma: “Yo siempre he sabido que si escribes desde una experiencia negra, también estás escribiendo desde una experiencia universal” (1995, p. 23). Las historias de las vidas de las mujeres negras son esenciales para entender cómo se vive y se resiste a la opresión.

De manera similar, las trabajadoras de limpieza también desarrollan estrategias de resistencia frente a estas opresiones múltiples. Por ejemplo, algunas se organizan redes de apoyo entre compañeras para compartir información sobre sus derechos laborales o para denunciar abusos de empleadores. Otras usan sus espacios de trabajo como lugares de aprendizaje,

intercambiando conocimientos prácticos que les permiten salir adelante, a pesar de las condiciones adversas que enfrentan.

Esta misma resistencia es vivida por muchas mujeres trabajadoras de limpieza, al compartir sus conocimientos laborales y personales entre ellas, ya que por el simple hecho de ser mujeres, de clase baja y morenas, enfrentan una matriz de violencia racializada como lo explica Collins. Este panorama de opresiones interseccionales nos lleva a reconocer que muchas mujeres, como las trabajadoras de limpieza, no sólo enfrentan desigualdad, sino también un silenciamiento estructural. Es aquí donde resulta necesario abordar el concepto de subalternidad.

1.2 Los sujetos subalternos

Las mujeres negras, mi madre, las trabajadoras de limpieza, las campesinas, las proletarias, las lesbianas, entre otras, pertenecen a grupos oprimidos y sin voz. Estos son los grupos subalternos. Gayatri Spivak (2003) me ayudó a comprender cómo las personas subalternas son excluidas del discurso dominante y de una realidad colonizada por Occidente, lo cual cuestiona directamente la idea de representación universal que muchas veces se ejerce desde los feminismos blancos, burgueses y académicos que pretenden hablar por todas.

Spivak plantea una pregunta fundamental: ¿Puede hablar el subalterno?. Sí, el subalterno puede hablar, pero no es escuchado ni tomado en cuenta en los discursos hegemónicos. En estos contextos, los intelectuales occidentales frecuentemente hablan por los subalternos, perpetuando así su opresión y silenciamiento.

¿Cuántas veces hemos visto a personas intelectuales tomar la voz que no les corresponde?. Ellos no pueden representar adecuadamente a los oprimidos. Como señala Spivak, “Los intelectuales deben tratar de dejar al descubierto y conocer el discurso del otro en la sociedad” (Spivak, 2003, p. 302). Les

corresponde trabajar para entender y revelar los discursos que les son ajenos, en lugar de intentar representarlos.

Spivak también hace una crítica a la tendencia de los intelectuales a interpretar y traducir las voces subalternas, lo que a menudo distorsiona el mensaje original. “El historiador debe suspender -hasta donde sea posible- el clamor de su propia conciencia efecto en tanto es operada por el entrenamiento disciplinario, para que la elaboración de la insurgencia, empacada con una conciencia insurgente, no quede congelada como “un objeto de investigación” o peor todavía como un modelo para la imitación” (*idem*, p. 327). Esta traducción y reinterpretación no sólo falla en capturar la autenticidad de las experiencias subalternas, sino que también refuerza las estructuras de poder que mantienen a los subalternos en posiciones de opresión.

Los estudios subalternos, me ayudaron a priorizar la voz de mi madre como la principal narradora de su historia, pues es la única que puede contarla, ella como muchas otras mujeres que han dedicado su vida al trabajo de la limpieza merecen ser escuchadas, dignificadas y respetadas. Las mujeres subalternas viven una doble invisibilización, esta doble invisibilización la desarrollaré en el siguiente apartado.

1.2.1 ¿Y las Mujeres?

Los subalternos son hombres y mujeres; sin embargo, las mujeres experimentan una doble marginación: por el colonialismo y por el patriarcado. Como señala Spivak, “La cuestión de ‘la mujer’ parece más problemática en este contexto. Claramente, si usted es pobre, negra y mujer, está metida en el problema en tres formas” (*idem*, 2003, p. 338).

Spivak critica el papel de las mujeres subalternas, ayudándonos a comprender que no sólo están marginadas, sino también invisibilizadas en los discursos hegemónicos. Ella destaca: “Si el subalterno no tiene historia y no puede hablar, el subalterno como femenino está aún más profundamente en tinieblas” (*idem*, 2003, p. 329). Las voces de las mujeres subalternas son

ignoradas y rechazadas, tanto por la violencia colonial como por la opresión de género, colocándolas en una posición de subalternidad extrema.

Spivak reconoce la dificultad de ser una mujer subalterna, pero no niega la posibilidad de encontrar una nueva ruta para salir de esa condición. Ella enfatiza la importancia de crear espacios donde las voces subalternas puedan ser escuchadas y respetadas en su contexto, evitando su cooptación por discursos hegemónicos. Afirma que “denunciar o, mejor aún, participar en el trabajo antisexista entre mujeres de color o mujeres bajo opresión de clase en el primer o tercer mundo es innegablemente lo que está en la agenda” (*ídem*, p. 329). Por ello, es fundamental hablar de las mujeres trabajadoras de limpieza, respetando sus voces.

Hablar de esta violencia me hizo entender que mi mamá por el simple hecho de ser mujer, morena, madre soltera vive más de una forma de opresión y, sin embargo; para mí es importante no narrar su historia como una víctima. Mi madre, es una mujer con agencia y con determinación, tanta, que sacó adelante a nuestra familia. De ahí la importancia de poner en cuestión el concepto de víctima. Por ello, resulta urgente cuestionar la figura de la víctima como única forma de representar a las mujeres subalternas, ya que esta visión limita su capacidad de acción y agencia.

Las mujeres subalternas resisten y existen; no son víctimas pasivas, sino agentes de cambio. Si sólo las vemos como víctimas, invisibilizamos su capacidad de resistencia, lucha y acción. Siguiendo con Spivak, no podemos reducir a las mujeres subalternas a una perspectiva de victimización, ya que son mucho más que eso. Mantener esa mirada reproduce un discurso colonialista que las coloca en un nivel de inferioridad, socavando su dignidad y presentándolas como vulnerables que necesitan ser salvadas por personas "civilizadas", lo cual es una actitud paternalista y colonialista.

Spivak advierte contra esta mentalidad de "salvador blanco", que puede ser condescendiente y contraproducente, al no considerar las necesidades y deseos reales de las mujeres subalternas. Como señala, "al intervenir y representar a los subalternos, los intelectuales frecuentemente imponen sus

propias estructuras de poder y conocimiento, convirtiendo al subalterno en un objeto de análisis en lugar de un sujeto con voz propia" (*idem*, p. 296).

La intención de narrar la vida de mi madre no es desde una posición de superioridad sino todo lo contrario, es narrar la resistencia que tiene dentro de este sistema patriarcal el cual encaró con mucho amor y fuerza.

Para entender el papel social, político y económico del trabajo doméstico y de cuidados, es necesario analizar el contexto histórico del mismo, tal como describiremos en el siguiente apartado. Comprender esa resistencia también implica reconocer el valor estructural del trabajo que realizan muchas mujeres como ella: el trabajo doméstico y de cuidados. Por eso, a continuación, exploraremos su dimensión social e histórica.

1.3 Economía del cuidado

“Todos los seres humanos necesitamos de cuidados a lo largo de nuestras vidas, aunque en algunos momentos sean más intensos que en otros, y por tanto tiene también una dimensión social ya que es una condición indispensable para la propia existencia” (Comas d'Argemir, 2011, p. 168). Esta cita resalta la importancia del cuidado como una necesidad humana universal, el tema del cuidado debe ser analizado y comprendido desde una perspectiva feminista, puesto que mayoritariamente esta labor está hecha por mujeres lo que refleja y perpetúa desigualdades de género profundamente arraigadas. El cuidado no sólo es esencial para el bienestar individual, sino que también juega un papel crucial en la organización social y política.

“La antropología feminista ha realizado importantes contribuciones al análisis del cuidado, demostrando que esta labor está presente en todas las sociedades humanas, aunque se manifiesta de maneras específicas en diferentes contextos culturales” (*idem*, p. 168). El cuidado, tradicionalmente, ha sido asignado al ámbito familiar y se considera una actividad “propia” de las mujeres, anclada en una supuesta naturaleza femenina que incluye cualidades como la

empatía, la compasión y la abnegación. Estos estereotipos perpetúan la creencia de que las mujeres somos inherentemente más adecuadas para las tareas de cuidado que los hombres, regalándonos así a roles domésticos y de cuidado.

En esta línea, Silvia Federici ha demostrado cómo la asignación del trabajo doméstico y de cuidado a las mujeres fue una estrategia clave para la consolidación del capitalismo. Su enfoque revela el trasfondo histórico de esta asignación, que no es casual ni natural, sino parte de un proyecto económico de control. Su análisis histórico muestra que la explotación de los cuerpos de las mujeres —especialmente de las mujeres en las colonias— fue fundamental para que el sistema capitalista se expandiera y se mantuviera. Como ella señala, “el trabajo no remunerado de las mujeres dentro del hogar ha sido sistemáticamente invisibilizado, y esa invisibilidad ha sido una herramienta de control, despojo y acumulación” (Federici, 2010). Esta mirada nos permite entender el trabajo de cuidado no como una práctica espontánea o afectiva exclusivamente, sino como una pieza estructural del modelo económico moderno.

Este fenómeno no es simplemente una cuestión de preferencias personales o habilidades naturales, sino que está profundamente arraigado en las normas y valores culturales. La visión del cuidado abarca actividades como la crianza de lxs hijxs, el cuidado de las personas de la tercera edad, la preparación de alimentos, la limpieza del hogar y la enseñanza de valores a las nuevas generaciones. Sin embargo, estas actividades son desvalorizadas socialmente y, cuando se realizan en un ámbito profesional, a menudo no son remuneradas adecuadamente, lo que refuerza la percepción de que el trabajo de cuidado es menos importante o productivo que otros tipos de trabajo. Esta desvalorización contribuye a la desigualdad económica que enfrentamos las mujeres en esta sociedad.

Al analizar el trabajo de cuidado desde una perspectiva histórica, es fundamental reconocer cómo el racismo y el clasismo han moldeado la asignación de estas labores. Un ejemplo clave es el de las mujeres negras en Estados Unidos después de la abolición de la esclavitud. Angela Davis señala que:

Durante el periodo posterior a la esclavitud, la mayoría de las mujeres negras trabajadoras que no laboraban en los campos se vieron obligadas a convertirse en criadas domésticas. Su difícil situación llevaba el sello inconfundible de la esclavitud, como igualmente lo llevaba el de sus hermanas parceras o trabajadoras convictas. De hecho, la propia esclavitud había sido llamada eufemísticamente la <<institución doméstica>> y se había descrito a los esclavos como <<criados domésticos inofensivos>>. Para los antiguos propietarios de esclavos, el 'servicio doméstico' debía de haber sido un término cortés para aludir a una ocupación indigna que prácticamente rozaba con la esclavitud (1983, p. 100).

Davis muestra cómo, tras la esclavitud, las mujeres negras fueron empujadas a trabajos de "baja categoría", en particular en roles de cuidado, lo que nos lleva a comprender por qué el trabajo de cuidado sigue siendo asignado a mujeres, especialmente a aquellas de grupos oprimidos y subvalorados socialmente. Esta asignación de roles de cuidado a mujeres morenas y de clase baja tiene raíces profundas en la historia de la esclavitud y en las continuidades de explotación racial.

Davis señala que, "el trabajo doméstico se considera degradante porque ha sido realizado en una proporción desmesurada por mujeres negras, quienes a su vez son percibidas como 'ineptas'" (*ídem*, p. 103). Esta percepción no sólo desvaloriza el trabajo en sí, sino que también perpetúa las jerarquías raciales y de género. La siguiente pregunta que plantea Davis es crucial: "En 1890, la libertad debió de parecer un futuro más remoto de lo que se presumía al final de la guerra civil. Pero, ¿de verdad existe esa libertad?" (*ídem*, p. 98). Esta reflexión nos lleva a cuestionar si las mujeres negras, que fueron liberadas de la esclavitud formal, realmente alcanzaron la libertad cuando continuaron siendo explotadas en roles de cuidado. Esto último, me hace reflexionar acerca de la libertad de las mujeres trabajadoras de limpieza. Según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE, INEGI, 2024), en México más de 2.4 millones de personas se dedican al trabajo doméstico remunerado, y de ellas, 9 de cada 10 son mujeres. Sin embargo, sólo una de cada cuatro cuenta con acceso a la seguridad social, y la mayoría carece de prestaciones laborales básicas.

De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS, 2022), las mujeres con piel más oscura y menor nivel educativo son las más propensas a ocupar empleos relacionados con el servicio doméstico, el cuidado o la limpieza, y

al mismo tiempo las que enfrentan mayores obstáculos para acceder a derechos laborales y de salud.

Estas cifras permiten dimensionar el contexto estructural en el que se inscribe esta investigación: el trabajo de las mujeres que cuidan, limpian y sostienen los espacios domésticos continúa siendo una de las formas más precarizadas y menos reconocidas de labor en el país.

A partir de estos datos, se vuelve evidente que hablar del cuidado no sólo implica una reflexión afectiva, sino también política y económica, en la medida en que expone las desigualdades de género, clase y raza que atraviesan la vida cotidiana de millones de mujeres trabajadoras.

“Las dimensiones de género, clase y etnia quedan nítidamente expresadas en el tipo de relación laboral que se establece en el trabajo de cuidado” (Comas d'Argemir, 2011, p. 168). Para entender y abordar las desigualdades actuales en el trabajo de cuidado, es esencial analizar cómo estas dinámicas históricas continúan afectando a las mujeres, especialmente a las mujeres racializadas. El trabajo de cuidado debe ser revalorizado para que no siga perpetuando las desigualdades que han marcado la historia de tantas mujeres, cómo profundizaremos en el siguiente apartado. Para continuar con este análisis, es necesario incorporar herramientas teóricas que expliquen cómo estas desigualdades se articulan simultáneamente. En este sentido, la propuesta de Patricia Hill Collins resulta fundamental.

1.3.1 Cómo opera la matriz de opresiones en las mujeres trabajadoras de limpieza

En este apartado, es crucial mencionar nuevamente a Patricia Hill Collins, una de las autoras más influyentes en el desarrollo del concepto de la matriz de opresiones, debido a su trabajo significativo en el campo de los estudios de género, raza y clase. Collins la define como "la intersección de diferentes formas de desigualdad social, como la raza, clase, género y sexualidad, y cómo estas

dimensiones se entrelazan para producir experiencias únicas de discriminación y privilegio" (Collins, 1990, p. 221).

Este marco conceptual me permitió comprender que estas desigualdades no actúan de manera aislada, sino que se entrecruzan y afectan de manera profunda a sectores vulnerables, como es el caso de las mujeres trabajadoras de limpieza. Estas mujeres no sólo enfrentan violencia y discriminación por su sexo, sino que también son afectadas por otras formas de opresión, como el racismo y la exclusión socioeconómica, debido al color de su piel y su clase social.

El trabajo de limpieza, al estar profundamente feminizado, tiende a ser subvalorado y mal remunerado. La sociedad ve su labor como una extensión de lo que tradicionalmente hacen en sus hogares —limpiar, cuidar y atender a los demás— lo que refuerza la idea de que estas tareas son "naturales" para las mujeres. Esta percepción está anclada en la creencia de que "la sexualidad vincula la biología con la capacidad de cuidar" (Comas d'Argemir, 2011, p. 168). Como resultado, no se les concede la compensación económica adecuada por su trabajo. Esta subvaloración no sólo se refleja en el salario, sino también en la falta de reconocimiento y respeto hacia su labor. En sus empleos, suelen ser vistas como "sombras de color azul", invisibles para quienes las rodean, a pesar de que realizan una de las tareas más esenciales para el funcionamiento de la sociedad capitalista. Ya no hablamos únicamente de invisibilidad, sino de despojo estructural: el sistema capitalista se sostiene precisamente gracias a ese trabajo de cuidado y limpieza que realizan millones de mujeres en condiciones de explotación. Silvia Federici explica que el trabajo doméstico y de limpieza, al no ser remunerado o al ser mal pagado, fue una de las condiciones fundamentales para el surgimiento y la reproducción del capitalismo. En su análisis sobre la acumulación primitiva, afirma que "La transformación del cuerpo de la mujer en una fuerza de trabajo que reproduce fuerza de trabajo gratuita fue una de las principales premisas para el desarrollo capitalista" (Federici, 2010, p. 104). Aquí la autora nos lleva a reconocer cómo los cuerpos racializados y feminizados han sido utilizados como recurso estructural para garantizar la reproducción del capital.

La falta de movilidad social en estas ocupaciones perpetúa las desigualdades de género y clase, atrapando a las mujeres, especialmente a aquellas de minorías raciales o con menor nivel educativo, en empleos precarizados, sin acceso a derechos laborales básicos y expuestas a condiciones de trabajo abusivas. La intersección de género, clase y raza en este contexto, muestra cómo estas mujeres enfrentan múltiples formas de opresión que se refuerzan mutuamente, limitando su capacidad para salir de la pobreza y alcanzar una vida digna. Reconocer y desafiar estas dinámicas es crucial para lograr una mayor equidad en el ámbito laboral y en la sociedad en general.

Pero, ¿por qué la mayoría de las trabajadoras de limpieza son mujeres morenas o negras? Esta realidad parece perpetuar la asociación histórica de esta labor con la esclavitud de las mujeres negras. Después de la esclavitud, “las pocas que encontraron empleo en este sector normalmente desempeñaban el trabajo más sucio y peor pagado” (Davis, 1983, p. 69), que consistía principalmente en trabajo doméstico y de cuidado. Desde esa época, “las mujeres blancas sureñas unánimemente rechazaron ese tipo de trabajo” (*ídem*, p. 100). Este legado histórico ha llevado a que estas mujeres, a menudo, enfrenten prejuicios raciales que las ubican en los empleos más precarios y menos reconocidos socialmente.

Otro factor clave es la clase social. El trabajo de limpieza está generalmente mal pagado, lo que sitúa a estas mujeres en una posición socioeconómica baja. Esta realidad es el resultado de una estructura laboral que históricamente ha marginado a quienes desempeñan trabajos considerados “de baja cualificación”, a pesar de ser esenciales para el funcionamiento de la sociedad como ya hemos descrito anteriormente.

La ausencia de redes de apoyo y de políticas públicas que faciliten la transición hacia empleos mejor remunerados, refuerza su exclusión socioeconómica. Sin acceso a oportunidades que les permitan mejorar su situación, estas mujeres quedan atrapadas en un sistema que las explota, limitando su autonomía y capacidad para aspirar a una vida mejor. Esta falta de derechos se agrava cuando las mujeres pertenecen a grupos minoritarios, dejándolas a menudo en situaciones de trabajo forzado o explotación. Este

escenario refleja una injusticia estructural en la que las trabajadoras de limpieza son sistemáticamente despojadas de sus derechos y dignidad laboral. Como sostiene Federici, “la acumulación capitalista nunca ha sido un proceso pacífico ni igualitario” (2010, p. 33), y las mujeres han sido uno de los sectores más castigados por la lógica de despojo, control y explotación que caracteriza al sistema económico dominante. Para romper este ciclo, es necesario implementar políticas que reconozcan el valor de su trabajo, aumenten sus salarios, y les proporcionen acceso a derechos laborales básicos y oportunidades de desarrollo. Sólo así se podrá avanzar hacia una sociedad más justa y equitativa.

Todo lo anterior me ha dado un panorama de lo que ha vivido mi madre, ya que desde muy pequeña, yo sabía que el trabajo que ella desempeñaba, la consumía de múltiples formas, sin embargo no sabía cómo explicarlo. Ahora tengo las palabras para nombrarlo, sé que son los sistemas capitalista, clasista, patriarcal y colonial, los causantes de consumir el tiempo y energía de mi mamá. Sin embargo; resistió a ellos por más de 42 años y ahora está en casa para compartir su tiempo y energía conmigo y con su familia. Nombrar todo esto ha sido, para mí, una forma de justicia. Ponerle palabras a lo que vivió mi madre —y lo que viven miles de mujeres trabajadoras de limpieza— es un acto de memoria, de dignidad y de denuncia. Comprender que su desgaste no fue individual ni casual, sino estructural y político, me permite hoy contar su historia no desde la compasión, sino desde el reconocimiento. Por qué resistió, por qué sostuvo y sigue sosteniendo la vida, mi vida.

CAPÍTULO II. LA FOTOGRAFÍA COMO DOCUMENTO SOCIAL

2.1 ¿Qué es la fotografía?

Hablar de la fotografía es hablar de una forma de mirar el mundo, pero también de una forma de pensarlo. A lo largo de la historia, esta práctica ha sido comprendida como un medio técnico, artístico, documental e incluso terapéutico. Para mí, la fotografía ha sido una herramienta maravillosa que me ha ayudado a observar, no sólo a mirar. Y es que mirar y observar no son lo mismo: mirar puede ser una acción automática, distraída; observar, en cambio, implica atención, sensibilidad, presencia. La cámara, entonces, no sólo captura imágenes: también me ha permitido detenerme, conectar y reconocer lo que antes pasaba desapercibido.

En este camino, me reconozco profundamente en las palabras de Adriana Lestido, fotógrafa argentina que ha retratado a mujeres presas, madres adolescentes y relaciones humanas atravesadas por la exclusión. Ella afirma que "fotografiar es un acto de amor, de entrega, de búsqueda de sentido" (Lestido, 2001). Y es desde esa sensibilidad que yo me acerco a la fotografía. Para mí, tomar una imagen de mi madre es una forma de agradecerle, de cuidarla, de registrar su existencia desde el respeto.

En mi experiencia, fotografiar ha sido una forma de recordar, pero también de resistir. En el contexto de esta investigación, la fotografía se convierte en una aliada para narrar vidas que han sido históricamente invisibilizadas. Fotografiar a mi madre, una mujer trabajadora de limpieza, no es solamente un acto estético; es un acto político y amoroso. Es una manera de decir: "Aquí estás, aquí estuviste, y tu historia importa".

Gisèle Freund, en su ensayo clásico sobre la fotografía como documento social, plantea que la imagen fotográfica es siempre una construcción social, condicionada por la mirada de quien observa y el contexto en el que se produce. Para ella, "toda fotografía es al mismo tiempo una imagen del mundo y una imagen del fotógrafo" (Freund, 1974, p. 15), lo que implica que cada encuadre lleva implícito un posicionamiento ideológico. Esta afirmación me interpela

profundamente: no hay neutralidad al mirar, y menos aún al documentar a quienes han sido históricamente silenciadas.

Otras autoras y fotógrafas feministas también han reflexionado sobre el poder de la imagen. La fotógrafa mexicana Lourdes Grobet (1940–2022), por ejemplo, entendía la fotografía como una herramienta para resignificar identidades. En su trabajo con luchadoras y luchadores —que desarrolló especialmente en las décadas de 1980 y 1990— cuestionó los estereotipos y mostró lo que no se veía. Lo mismo ha hecho Graciela Iturbide (n. 1942), al retratar mujeres indígenas desde la intimidad, no desde el exotismo. En series como *Juchitán de las mujeres* (1989), Iturbide dignificó la cotidianidad de comunidades tradicionalmente invisibilizadas. Ambas, con sus lentes, abrieron caminos para mirar desde otro lugar. Esa misma sensibilidad hacia lo cotidiano y lo invisible se reconoce en trabajos más recientes, como “*Cuidadoras*” de Laura Esteban, una serie fotográfica que visibiliza a mujeres que sostienen la vida durante la pandemia, mostrando el acto de cuidar como una práctica de amor, resistencia y comunidad.

También en “*Care. Cuidar importa*”, la artista Ana Álvarez-Errecalde propone una mirada íntima y política al trabajo del cuidado, donde el cuerpo femenino se muestra con fuerza y ternura a la vez, reivindicando la maternidad y las labores domésticas como espacios de poder y creación. Ambas fotógrafas amplían el imaginario visual del cuidado, y sus obras dialogan profundamente con este proyecto, que también busca narrar, desde la fotografía, los gestos silenciosos y dignos de las mujeres que sostienen el mundo.

John Berger y Jean Mohr también abordaron el vínculo entre fotografía, memoria y justicia en su libro *Otra manera de contar*. Allí, afirman que “la cámara es un instrumento de exploración, no solo del mundo exterior, sino también de nuestras formas de ver y de nuestras emociones” (Berger & Mohr, 1982, p. 94). Esta perspectiva me resuena profundamente, pues en este proyecto he entendido que fotografiar a mi madre no solo es mostrarla a ella, sino mostrarme también a mí: mi historia, mi afecto, mi compromiso.

Como también lo señala Freund, la fotografía documental tiene la potencia de revelar lo que se oculta tras lo cotidiano, y por eso, “es uno de los medios más directos para denunciar la desigualdad” (Freund, 1974, p. 21). Esta función social de la imagen me acompaña en cada disparo, en cada decisión de encuadre, luz o momento.

Así, este capítulo no busca definir la fotografía de forma absoluta, sino compartir cómo la he habitado: como un medio que me permite acompañar, dignificar y visibilizar. La fotografía, en este proyecto, es una extensión de mi memoria y de mi mirada crítica. Es un recurso para representar visualmente la experiencia de mi madre con luz, sombra y encuadre. Una forma de justicia visual.

2.2 Los géneros fotográficos

La fotografía, como lenguaje visual, se manifiesta en distintos géneros que han evolucionado con el tiempo: el retrato, la fotografía de moda, la naturaleza muerta, el paisaje, la fotografía artística, el fotoperiodismo, la fotografía científica, entre muchos otros. Cada género tiene su propia lógica visual, su intención expresiva y su vínculo con contextos históricos, sociales o culturales específicos.

Por ejemplo, el retrato busca capturar la identidad, el gesto o la emoción de una persona o grupo. En México, la fotógrafa Lola Álvarez Bravo (1903–1993) es una de las precursoras de este género con una mirada crítica y sensible hacia la vida cotidiana y los rostros del México rural y urbano. También Graciela Iturbide (n. 1942), renovó el retrato a través de su trabajo con comunidades indígenas, especialmente con mujeres zapotecas en la misma serie *Juchitán de las mujeres* (1989), mostrando una intimidad que rompe con la mirada exotizante.

El paisaje, en cambio, se ha relacionado históricamente con la contemplación estética, pero también ha servido para reflexionar sobre el territorio y su simbolismo cultural. Flor Garduño (n. 1957), fotógrafa mexicana, ha trabajado el paisaje desde una dimensión poética, en diálogo con el cuerpo y la identidad femenina, como se observa en su serie *Bestiarium* (1993).

La fotografía de moda, aunque ligada a la industria, también ha sido resignificada por autoras latinoamericanas. La guatemalteca Esmeralda Soto (n. 1990) ha incorporado elementos tradicionales de su cultura y del textil indígena en sus propuestas visuales, cuestionando los estándares de belleza eurocéntricos.

En el caso del fotoperiodismo, la mexicana Cristina Kahlo (n. 1959) ha documentado temas de salud, cuerpos y género con una mirada que se aleja del sensacionalismo y prioriza el respeto a la persona fotografiada. Asimismo, la fotógrafa salvadoreña Ana María Arévalo Gosen (n. 1988, radicada en Venezuela y España) ha denunciado, a través de reportajes, las condiciones de encarcelamiento de mujeres en América Latina.

Cada uno de estos géneros aporta herramientas distintas para construir sentido a través de la imagen. En este proyecto, si bien hago una revisión general de los géneros fotográficos, mi interés se centra en el género documental, que desarrollaré ampliamente en el siguiente apartado. Esta elección responde no solo a una cuestión formal, sino también a un posicionamiento ético y político.

La fotografía documental será, entonces, el género que me permitirá representar la experiencia de mi madre —trabajadora de limpieza— con dignidad, respeto y compromiso. Pero para entender por qué, es necesario profundizar primero en sus características particulares.

2.3 Género documental

La fotografía documental no es simplemente un registro visual de los hechos, sino una forma de mirar profundamente la realidad con intención, con compromiso y, en muchos casos, con afecto. Este género, lejos de ser neutral, se sitúa en una posición política: la de dar visibilidad a lo que ha sido ignorado, silenciado o invisibilizado por los relatos dominantes.

El documental se convierte entonces en un espacio donde la imagen denuncia, pero también humaniza. Donde lo cotidiano adquiere un valor narrativo profundo. Por eso, dentro de esta investigación, el género documental no es sólo una elección estética o técnica, sino ética. Me permite representar, desde lo

íntimo, el gesto y el detalle, la experiencia de mi madre, trabajadora de limpieza, mujer morena, madre soltera, sujeta por múltiples sistemas de opresión.

Esta elección se sustenta también en las reflexiones de autores como John Mraz, quien afirma que la fotografía documental "no debe entenderse como un espejo de la realidad, sino como una construcción que dialoga con lo real desde la subjetividad del ojo que observa y registra" (Mraz, 2009, p. 19). Bajo esta lógica, mi cámara no busca capturar la verdad total, sino abrir una grieta por donde entre la memoria.

En este capítulo, me interesa también subrayar cómo el documental ha sido una herramienta potente para los movimientos sociales y feministas en América Latina. Muchas mujeres han encontrado en la fotografía documental una forma de resistir, de archivar lo vivido, de romper el silencio. Así lo demuestra el trabajo de fotógrafas como Rotmi Enciso en México, o el de la Red de Periodistas y Fotoperiodistas Feministas en México, quienes desde la imagen han construido otras formas de vernos, narrarnos y reconocernos.

Mi acercamiento al género documental es también un ejercicio de cuidado. Documentar la experiencia de mi madre no es exponerla, sino abrazarla. Es decir con la imagen: "Yo te veo". Cada fotografía que tomo en el marco de este proyecto busca tejer una memoria amorosa, política y resistente. Porque lo documental no es solo testimonio: también puede ser refugio.

Este trabajo se trata de un relato visual, construido desde el acompañamiento, el cuidado y la memoria. La imagen se entrelaza para rescatar la experiencia subjetiva de mi madre como mujer trabajadora de limpieza, no solo como testimonio, sino como un acto de justicia afectiva y política.

2.4 Estado del arte del medio fotográfico y su vínculo con el cuidado

Desde esta mirada, el género documental no sólo permite registrar una realidad social, sino también acompañar, sostener y cuidar a quienes habitan las imágenes. En este sentido, muchas fotógrafas contemporáneas han encontrado en la cámara una herramienta para pensar el cuidado como una práctica afectiva, política y estética. A continuación, se presenta un breve recorrido por algunas de

ellas, cuyas obras dialogan profundamente con el espíritu de este proyecto. Lejos de reducirlo a la maternidad o al trabajo doméstico, sus proyectos lo abordan como una práctica de sostenimiento colectivo, resistencia y afecto.

La fotógrafa Maya Goded (México) en series como *Plaza de la Soledad* (1998–2015) documenta la vida de mujeres que trabajan en el sexo y muestra cómo el cuidado surge entre ellas como un lazo de apoyo y supervivencia. En su mirada, el cuidado se vuelve un refugio entre cuerpos marginados, una forma de sanar desde lo común.

Por su parte, Claudia Hans (México) en *Silent Songs* (2018) reflexiona sobre la transmisión intergeneracional del amor y la pérdida a través de la memoria familiar. Su obra, construida con archivos, bordados y fotografía, convierte el cuidado en un gesto visual que une generaciones de mujeres.

En América Latina, Cecilia Estalles (Argentina) con su serie *El trabajo invisible* (2019) retrata a mujeres que realizan labores de limpieza y cuidado en hogares ajenos, visibilizando la rutina y el cansancio sin despojar de dignidad a sus retratadas. Mercedes Cosci (Uruguay) aborda en *El tiempo de las manos* (2020) los gestos cotidianos del cuidado, las texturas de la piel, la repetición del trabajo doméstico como una forma de memoria afectiva.

La fotógrafa mexicana Patricia Aridjis, en *Arrullo para otros* (2002–2005), centra su mirada en mujeres que trabajan como niñeras y cuidadoras, quienes sostienen la vida de otros desde un lugar muchas veces invisibilizado. A través de una sensibilidad íntima y empática, Aridjis muestra la ternura, el agotamiento y la dignidad de esas manos que arrullan hijos ajenos, revelando el cuidado como una práctica afectiva y laboral profundamente feminizada.

La fotógrafa Paola Monzillo (Uruguay) con *Los días que tejimos* (2021) convierte el acto de tejer y cuidar en una metáfora del sostén colectivo entre mujeres mayores, mientras que Tatiana Parcero (México) incorpora la noción del cuerpo como territorio de memoria y autocuidado al superponer imágenes anatómicas, escritura y símbolos personales.

Desde otras geografías, Elinor Carucci (Israel/EE.UU.) en *Mother* (2013) y *Midlife* (2019) documenta con una honestidad radical la intimidad del cuerpo, la

maternidad, el envejecimiento y la vulnerabilidad como formas de cuidado hacia una misma y hacia los otros.

Estas propuestas coinciden en entender el cuidado no sólo como tarea, sino como una ética de la relación y una estética de la ternura. Sus miradas aportan una genealogía visual del cuidado femenino que dialoga directamente con este proyecto, donde la cámara se convierte en un acto de acompañamiento y reconocimiento hacia quienes sostienen la vida desde lo invisible. Estas referentas visuales confirman que la fotografía puede ser un acto de ternura y de resistencia, una forma de mirar que repara y acompaña. En el marco de esta investigación, esta comprensión del medio orienta mi propia práctica: mirar a mi madre desde la cámara es, también, una forma de cuidarla.

2.5 Medio y lenguaje

En este capítulo, profundizo en el medio y lenguaje visual que guían este producto comunicativo, centrado en la fotografía documental y en la realización de un fotorreportaje sobre la experiencia de mi madre como acto de memoria, cuidado y denuncia.

La elección del medio fotográfico para esta investigación no fue sólo una cuestión técnica, sino afectiva y simbólica. Desde el inicio supe que la cámara no sería solo una herramienta de registro, sino una extensión de mi mirada, de mi memoria y de mi intención de narrar desde el respeto.

Decidí trabajar con fotografía digital por su accesibilidad, portabilidad y capacidad de responder de forma inmediata a los momentos que surgían durante la documentación. La digitalidad me permitió observar, corregir, repetir y acompañar el proceso desde un lugar más íntimo y atento.

En cuanto al lenguaje visual, mi apuesta fue por lo sencillo, lo cotidiano, lo no intervenido. No buscaba retratar a mi madre desde una mirada esteticista o ajena, sino desde su mundo, su rutina, sus gestos. Elegí la naturalidad de la luz

ambiente, los encuadres espontáneos y las composiciones que nacen del momento, no de la puesta en escena. Porque así es cómo ocurre su vida: sin focos, sin artificios, pero con una enorme fuerza simbólica.

Mi lenguaje visual también fue guiado por una ética del cuidado. Me pregunté constantemente: ¿desde dónde estoy mirando? ¿Con qué intención estoy encuadrando? ¿Esto que muestro, honra su historia o la repite como estereotipo? Esta conciencia me llevó a mirar con más delicadeza, a encontrar el lenguaje adecuado para no hablar por ella, sino con ella.

Además del uso de la imagen, este fotorreportaje se apoya en una narrativa que surge del testimonio, la escucha y el acompañamiento afectivo. No se trata sólo de mostrar imágenes, sino de entretelarlas con una experiencia que ha sido compartida, observada y registrada desde adentro

2.6 Formato

El producto final es un fotorreportaje, un formato que permite articular imagen y palabra de manera íntima, crítica y sensible. "El fotorreportaje es una forma de narrar desde la imagen y desde el vínculo" (Lestido, 2001, p. 45). Esta definición resuena profundamente con mi elección metodológica. A través de su desarrollo, se entrelazan las fotografías de mi madre —tomadas por mí desde una mirada documental y afectiva— con fragmentos de su experiencia recogidos mediante conversaciones, recuerdos y testimonios.

Elegí este formato porque me permite sostener la narrativa con profundidad, sin fragmentarla, como si fuera una conversación extendida entre ella, yo y quien se acerque a mirar. El fotorreportaje no se organiza en capítulos estrictos, sino en momentos, emociones y espacios que han marcado su vida como trabajadora de limpieza. Las imágenes no ilustran la palabra, ni la palabra explica las imágenes: ambas dialogan, se acompañan, se construyen juntas.

Este trabajo busca ser más que un registro: pretende ser un gesto ético y político, un intento por guardar, compartir y dignificar la memoria de mi madre

desde una mirada que cuida y que denuncia, sin exotizar su historia. Para construir este proyecto desde el compromiso ético y estético que propone el formato fotorreportaje, fue necesario diseñar una ruta metodológica sensible y crítica. A continuación, se expone detalladamente el proceso de producción que dio forma a este trabajo: desde las reflexiones previas que dieron origen a la idea, hasta las estrategias fotográficas que permitieron registrar con respeto y cercanía el mundo de mi madre. Esta ruta busca transparentar las decisiones tomadas, los límites encontrados y los caminos elegidos para narrar visualmente una historia que, aunque íntima, contiene una resonancia colectiva.

El siguiente capítulo está dedicado a describir cada etapa de este recorrido metodológico, comenzando por la preproducción —cuando el proyecto aún era una inquietud nacida en la experiencia personal— y continuando con la producción, momento en que la cámara se convirtió en herramienta de memoria, escucha y dignidad.

CAPÍTULO III. UNA VIDA ENTRE EL CLORO Y JABÓN ¿QUÉ SIGNIFICA SER MUJER TRABAJADORA DE LIMPIEZA EN EL CONTEXTO PATRIARCAL DE LA CIUDAD DE MÉXICO?

3.1 Pre producción

La idea de este fotorreportaje comenzó a gestarse en mis primeros años en la universidad, aunque, en realidad, su semilla fue sembrada mucho antes, en los silencios y rutinas del trabajo de limpieza que compartí con mi madre. Siempre he sido observadora; desde joven noté la importancia del sector de limpieza y, al mismo tiempo, la escasa visibilidad que tiene en nuestra sociedad. Trabajé junto a mi madre lavando charolas de pan, trapeando pisos, lavando platos, cucharas, baños... y fue ahí, con las manos húmedas y el cuerpo exhausto, donde comenzaron a surgir las preguntas: ¿por qué este trabajo, tan pesado, tan agotador, tan esencial, es tan mal remunerado? ¿Cómo es que mi madre, con un sueldo así, logró sacarnos adelante a mí y a mis hermanxs? ¿Por qué son más mujeres? ¿Por qué son todas morenas? ¿Cómo es que nunca faltaba a trabajar, a pesar del dolor constante en su cuerpo?

Había días en los que el dolor físico cuando trabajaba junto a ella no me permitía levantarme, y aún así, yo miraba que ella seguía. Fue al ingresar a la universidad cuando comencé a mirar esa experiencia con otros ojos. Estudiar la licenciatura en Comunicación y Cultura me dio herramientas para analizar críticamente mi entorno y, con ellas, entendí no sólo la violencia económica a la que están sujetas muchas trabajadoras del sector, sino también la profunda invisibilidad social que enfrentan. Comencé a observar con mayor detenimiento a las compañeras de limpieza de la universidad, del metro, de la calle: sus rostros, sus tiempos, sus silencios. Eran presencias constantes, necesarias, pero a menudo ignoradas.

Desde entonces, tuve claro que mi formación debía tener un sentido social. Siempre he creído que estudiar comunicación implica una responsabilidad ética y política: poner nuestras herramientas al servicio de lo colectivo. Mi interés no era

sólo personal, sino profundamente social. Al indagar, también noté la escasez de documentación sobre este sector. Si bien existen estudios sobre las trabajadoras del hogar, las mujeres dedicadas a la limpieza institucional, urbana u hotelera siguen siendo poco documentadas.

En un inicio, la idea era amplia: pensaba en realizar una investigación sobre mujeres de limpieza en distintos contextos —una escuela pública, una institución privada, una fábrica—, pero el tiempo y la experiencia me ayudaron a delimitar el enfoque hacia un camino más íntimo, concreto y profundo. Me da cuenta que en la historia de mi madre se condensaban muchas otras historias de mujeres que, como ella, han sostenido hogares enteros desde el anonimato y el esfuerzo físico.

Durante este proceso, también reflexioné sobre mi propio lugar como autora, como hija, como observadora. Me acompaña la inquietud que plantea Gayatri Chakravorty Spivak en su célebre pregunta: *¿Puede hablar el subalterno?* Más allá de pretender hablar “por” mi madre o por otras mujeres trabajadoras, busco aquí crear un espacio visual y narrativo donde sus existencias resuenen sin ser mediadas desde el protagonismo académico o artístico, sino desde el respeto, la escucha y el reconocimiento. En ese sentido, este proyecto no es un acto de representación en nombre de otras, sino un esfuerzo por visibilizar sin apropiarme, por poner la mirada al servicio de quienes rara vez son vistas.

Así comenzó el proceso de preproducción: armé rutas de observación, tomé fotografías a trabajadoras de limpieza del metro, de plazas comerciales, de las calles. Este ejercicio me permitió reconocer patrones, miradas, gestos repetidos. Fue así como decidí que el corazón de este fotorreportaje debía estar en la experiencia de mi madre, pero también en lo que representa: un retrato colectivo de resistencia, dignidad y trabajo no reconocido. En este proceso de preproducción, mi madre participó activamente proponiendo ideas como fotografiar su uniforme del último trabajo antes de jubilarse, sus instrumentos que usó toda su vida, sus diplomas y fotografías familiares. Esta colaboración convirtió la preproducción en un espacio colectivo, donde su voz y memoria guiaron la narrativa visual, recuperando la perspectiva de Spivak al permitir que el subalterno hable por sí mismo y construyamos juntas este proyecto.

3.2 Producción

La producción de este fotorreportaje se centró en mirar la cotidianidad de mi madre, tanto en su espacio doméstico como en los entornos laborales que ha habitado a lo largo de su vida. Desde el inicio, tuve claro que este proyecto no pretendía construir un relato general sobre el sector de limpieza, sino retratar una historia concreta: la de una mujer que ha sostenido a su familia con su cuerpo, su rutina y su fuerza.

Las primeras imágenes surgieron dentro de nuestro hogar. Desde la intimidad, comencé a registrar momentos cotidianos: mi madre cocinando, barriendo, lavando, sentándose a descansar. La cámara no irrumpía, sino que acompañaba. No se trataba de posar ni de montar escenas; lo esencial era capturar la serenidad del instante. Cada toma fue construida desde el respeto, el consentimiento y el afecto. Fotografiarla en su propio espacio fue también una forma de devolverle, desde la imagen, la dignidad que el discurso público muchas veces le niega. Como plantea Lugones “Al trabajar hacia un feminismo descolonial es aprender unas acerca de las otras como personas que resisten a la colonialidad del género en la diferencia colonial sin necesariamente ser una persona con acceso a información privilegiada” (Lugones, 2011, p. 115). Esta producción, entonces, no busca representar a mi madre desde una distancia académica, sino acompañarla desde la escucha, el afecto y el reconocimiento.

Para estas tomas utilicé una cámara propia Lumix de Panasonic la cual pude adquirir gracias al esfuerzo de mi madre y de mi hermano, equipo que me permitió trabajar con agilidad, ligereza y sensibilidad a los detalles del entorno. Para editar un poco la fotografía, utilicé el programa de Lightroom. Opté principalmente por planos medios y cerrados, que me permitieran capturar la expresión corporal, los gestos íntimos, los silencios visuales que hablan sin palabras. Presté especial atención a la luz natural, aprovechando los reflejos que entraban por las ventanas, objetos del hogar, fotografías y los claroscuros que

acentuaban la atmósfera de cada escena. En algunas ocasiones trabajé con contraluz, para destacar la silueta y sugerir el esfuerzo corporal sin invadir la expresión directa.

Busqué ampliar el registro hacia su lugar de trabajo. Gestioné un permiso formal mediante una carta firmada por el coordinador del plantel San Lorenzo Tezonco, en la que se solicitaba acceso a la escuela donde mi madre trabajaba como personal de limpieza. Sin embargo, la directora de la institución negó la entrada. Esta negativa fue una expresión más del silenciamiento estructural que enfrentan las trabajadoras de limpieza: ni siquiera se permite que sean vistas, retratadas, documentadas. Su trabajo debe seguir existiendo, pero sin dejar huella.

Frente a esta barrera, decidí continuar. Un día ingresé a la escuela como estudiante, sin equipo llamativo, con discreción. Sabía que en esa universidad se imparte la carrera de Comunicación, y eso me permitió pasar desapercibida entre el alumnado con cámara en mano. Logré hacer un único registro fotográfico dentro del espacio de trabajo de mi madre. Esa jornada fue intensa y profundamente simbólica. Cada imagen tomada allí se convirtió en un testimonio valioso: la vemos caminar por los pasillos, barriendo, detenerse brevemente entre una tarea y otra. Su cuerpo, su ritmo, su gesto: todo habla sin necesidad de palabras.

Debido a que solo tuve acceso una vez a su entorno laboral, recurrí también a material de archivo. Utilicé fotografías previas y de reconocimientos de cuando mi madre trabajaba como empleada de limpieza en el ramo hotelero. Aunque esas imágenes no fueron tomadas específicamente para este proyecto, forman parte esencial del archivo visual de su historia laboral. También produje nuevas imágenes en espacios exteriores, simbólicos, donde el gesto del cuerpo seguía contando la historia, aunque no estuviera dentro de un lugar formal de trabajo.

La producción no fue solo técnica; fue emocional, política y profundamente personal. Me enfrenté constantemente al riesgo de estetizar la precariedad, y por eso cada decisión fue tomada con cuidado. No buscaba mostrar pobreza ni

heroísmo. Quería, más bien, construir imágenes donde se respirara dignidad, memoria y humanidad. La composición fotográfica se orientó a lo narrativo: cuidé la relación entre figura y fondo, la proporción del cuerpo con los objetos de trabajo, y el uso de la profundidad de campo para destacar lo esencial sin perder contexto. Durante la producción, mi madre no sólo fue fotografiada, sino que también decidió elementos significativos a retratar, como su uniforme, sus herramientas de trabajo y recuerdos familiares. Esta co-creación reafirmó su agencia, desafiando la idea de que el subalterno no puede hablar, pues aquí su voz y mirada dirigieron el proceso, construyendo un relato conjunto que dignifica su historia. Como señala Mercedes Blanco (2012), la autoetnografía “es un género de escritura e investigación autobiográfico que conecta lo personal con lo cultural” (p. 57). Este enfoque permite comprender que las experiencias íntimas también producen conocimiento social, donde la frontera entre lo individual y lo colectivo se vuelve difusa. Desde esta mirada, este trabajo puede entenderse como una forma narrativa de investigación que parte del cuerpo, la memoria y el afecto para reflexionar sobre cómo las estructuras sociales se encarnan en la vida cotidiana.

Fotografiar a mi madre fue un proceso de reconocimiento y resistencia. Su rostro, sus manos, su espalda... todo tiene una historia que merece ser contada. Este trabajo no intenta hablar por ella, sino abrir un espacio para que su presencia se afirme sin intermediarios. La producción fue, en ese sentido, una forma de resistir al olvido: una imagen no sólo registra, también repara, reconoce, devuelve.

El siguiente cuadro presenta las sesiones fotográficas que dieron sentido al fotorreportaje. En cada sesión tomé distintos tipos de fotografía, tales como: retrato, espacios (contexto), detalle. En cada sesión coloqué el tipo de foto que se realizó, así como la fecha, el número de fotos.

Sesión	Fecha	Lugar	Número de fotos tomadas	Tipo de foto
Sesión 1	05/12/2019	Fotografías dentro del Hogar	7	Espacio/Contexto
Sesión 2	14/01/2021	Fotografías dentro del hogar	3	Retratos / Detalles
Sesión 3	03/10/2021	Archivo laboral (hotel)	3	Archivo / Registro
Sesión 4	30/01/2022	Fotografía fuera de los lugares donde trabaja	8	Contexto / Movimiento
Sesión 7	09/02/2022	Fotografías en la universidad donde trabajo	17	Espacios/Contexto
Sesión 8	26/06/2025	Fotografías dentro del hogar	20	Espacios/Contexto
Sesión 9	29/06/2025	Fotografías dentro del hogar	33	Retratos/Contexto

3.3 Análisis del fotorreportaje

Planteamiento del problema: Las primeras imágenes muestran a mi madre preparándose desde la madrugada, saliendo de casa en la penumbra para ir a trabajar. Su caminar entre calles oscuras y su mirada frente al espejo reflejan el inicio de una jornada marcada por el esfuerzo constante. Estas fotos plantean el problema central: ¿cómo es que la vida de una mujer trabajadora de limpieza —morena, madre soltera— se sostiene día tras día, invisibilizada por una sociedad que necesita su trabajo pero desprecia su presencia? Como señalo en mi tesis, este escenario surge de un sistema patriarcal, racista y capitalista que configura la opresión de las mujeres subalternas.

		
Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, desde atrás, íntimo. Luz: Artificial cálida, suave. Líneas: Marco y azulejos dirigen la vista al rostro en el espejo. Composición: Centro en el reflejo, colores cálidos, manos añaden movimiento.	Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, frontal, cercano. Luz: Artificial cálida, luces de calle. Líneas: Calle y cables dirigen al fondo, diagonal de lona amarilla agrega dinamismo. Composición: Mamá descentrado (derecha), genera tensión; fondo desordenado enfatiza contexto urbano. Colores: Dominan tonos cálidos, crean atmósfera de madrugada.	Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, detrás de la persona, sensación de seguimiento. Luz: Natural al amanecer + luces de autos, contrastes fuertes. Líneas: Calle y cables crean líneas que llevan la mirada al fondo (punto de fuga en el horizonte). Composición: Mamá en primer plano genera profundidad; luces y colores morados dan atmósfera dramática.

Desarrollo: En las siguientes fotografías, mi madre limpia pasillos, friega pisos y usa su uniforme. Aquí, el relato avanza mostrando el peso de las rutinas repetitivas, el cansancio acumulado en cada gesto y el simbolismo de sus instrumentos de trabajo. Estas imágenes no sólo fueron tomadas desde mi mirada como hija y fotógrafa; mi madre también decidió varias tomas, eligiendo objetos, ángulos y momentos que para ella eran esenciales para contar su propia historia. Al incluir su voz visual, este fotorreportaje se convierte en un diálogo donde ella, como mujer trabajadora de limpieza, relata su experiencia desde la agencia y el reconocimiento de su vida y trabajo. Estas imágenes desarrollan la tesis sobre la feminización del trabajo de limpieza y la matriz de opresiones que Patricia Hill Collins describe, en la que género, clase y raza se entrelazan para producir una vulnerabilidad estructural.

		
Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, cercano, enfoque en la acción de mamá. Luz: Natural, suave, uniforme. Líneas: Perspectiva del pizarrón guía la mirada hacia mamá. Composición: Mamá descentrada (derecha), crea dinamismo; guantes y trapo amarillo añaden contraste y destacan la acción. Colores: Tonos fríos (azul) con acentos cálidos (rojo, amarillo), balance visual atractivo.	Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, creativo, encuadre desde un agujero azul el cual es el respaldo de una silla que enmarca a mamá. Luz: Natural, pareja, destaca limpieza. Líneas: Bordes del agujero dirigen la mirada al centro, donde está mamá. Composición: Encuadre enmarcado, enfoque en la acción; colores vivos (azul, rojo) generan contraste atractivo.	Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, centrado, perspectiva de pasillo. Luz: Natural, fuerte contraste (área iluminada con personas vs. mamá en sombra). Líneas: Pasillo crea líneas hacia el fondo, marcan profundidad. Composición: Mamá en primer plano derecho, grupo al fondo izquierdo; contraste enfatiza separación social y roles.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Cenital (picada directa desde arriba), ordenado.

Luz: Natural, suave, iluminación uniforme.

Líneas: Líneas del piso y disposición de objetos crean geometría clara.

Composición: Objetos de limpieza dispuestos como figura humana; simboliza identidad laboral de mamá.

Colores: Azul dominante contrasta con tonos cálidos del piso, atrae atención.

Autora: Foto tomada por Ana Álvarez Jasso, mi mamá.

Climax: Las fotos de la segunda mitad revelan un giro íntimo: mi madre lavando trastes en casa, sosteniendo fotos familiares, limpiando cuadros con recuerdos y posando sonriente frente a su hogar con su escoba. Este momento es el clímax: la dignidad y humanidad que se afirman a pesar del desgaste físico. La mirada afectuosa con la que sostiene cada objeto familiar muestra la resistencia y el amor como ejes que sostienen su historia, recuperando el planteamiento de Spivak sobre el subalterno que habla por sí mismo cuando es escuchado en sus propios términos.

	
Estrategia utilizada: Punto de vista: A nivel, lateral, capta acción cotidiana de mamá. Luz: Natural, contraluz suave desde la puerta, crea silueta. Líneas: Marcos de puerta y cortinas dirigen mirada hacia mamá. Composición: Mamá centrada en el acto de exprimir, contexto doméstico enmarca intimidad. Colores: Tonos cálidos transmiten ambiente hogareño.	Estrategia utilizada: Punto de vista: Bajo, cercano al piso, enfatiza herramienta de mamá. Luz: Natural, suave, resalta textura del trapeador y brillo del suelo. Líneas: Mango del trapeador crea línea vertical que conecta primer plano con mamá. Composición: Primer plano dominante (trapeador), enfoque en trabajo manual y ambiente doméstico. Colores: Tonos cálidos de la madera aportan calidez y naturalidad.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Cercano, desde detrás del hombro de mamá, crea sensación íntima.

Luz: Artificial cálida, suaviza escena y resalta fotos.

Líneas: Bordes de las fotos guían la mirada hacia el centro emocional (recuerdos).

Composición: Uso de regla de los tercios: fotos están colocadas en el tercio izquierdo, mamá en el derecho, equilibrando la imagen.

Colores: Tonos rosados y cálidos transmiten nostalgia y afecto.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: A nivel, lateral, muestra acción cotidiana de mamá.

Luz: Natural, suave, ilumina de forma uniforme el interior.

Líneas: Marcos de fotos y arco en el fondo crean líneas verticales y curvas que enmarcan a mamá.

Composición: Regla de los tercios aplicada: mamá ocupa el tercio izquierdo, fotos el derecho, balanceando la escena.

Colores: Tonos cálidos (amarillos y marrones) transmiten calidez y familiaridad.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: A nivel, frontal, muestra a mamá con orgullo frente a su casa.

Luz: Natural, difusa, ilumina pareja y suavemente.

Líneas: Ventanas y puerta crean líneas verticales y horizontales que enmarcan a mamá.

Composición: Regla de los tercios: mamá colocada en el tercio derecho, fondo de casa ocupa resto del encuadre; equilibrio entre sujeto y entorno.

Colores: Azul intenso de la casa contrasta con uniforme y elementos cálidos, dando vitalidad a la imagen.

Remate: Las siguientes imágenes la muestran descansando en el sillón, rodeada de medicamentos, recordándonos el costo físico del trabajo de limpieza. En sus manos, se ven las huellas de años de trabajo. Este remate evidencia que el desgaste corporal es una consecuencia directa de la explotación estructural descrita por Silvia Federici: el cuerpo de las mujeres como fuerza de trabajo fundamental para el sostenimiento del sistema capitalista.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Bajo, diagonal, crea sensación íntima de descanso de mamá en su casa.

Luz: Natural, suave, sin sombras duras.

Enfoque/desenfoque: Enfoque nítido en mamá; fondo ligeramente desenfocado, destacándola del entorno.

Diafragma: Diafragma relativamente abierto (poca profundidad de campo), permite desenfocar el fondo y aislamiento del sujeto.

Líneas: Líneas del piso y del sillón conducen la mirada hacia mamá.

Composición: Mamá ocupa centro y tercio derecho, transmite tranquilidad y cercanía.

Colores: Tonos cálidos de la madera y neutros en el sillón crean ambiente acogedor.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Cenital (desde arriba), muestra claramente medicamentos.

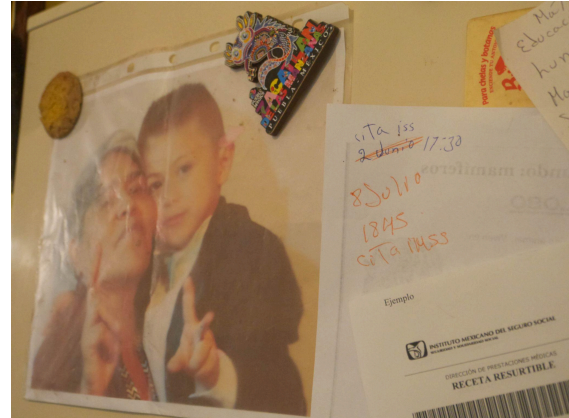
Luz: Natural, uniforme, sin sombras marcadas.

Enfoque/desenfoque: Todo en foco; profundidad de campo amplia (diafragma cerrado) permite leer etiquetas y detalles.

Líneas: Cajas y envases forman líneas diagonales y horizontales que crean sensación de desorden.

Composición: Elementos distribuidos sin un orden estricto, transmite acumulación y necesidad médica.

Colores: Dominan blancos y azules, reforzando tema clínico y frío.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Frontal, cercano, muestra detalles personales en la superficie.

Luz: Artificial cálida, crea ambiente íntimo y hogareño.

Enfoque/desenfoque: Foto y papel en primer plano bien enfocados; fondo ligeramente desenfocado.

Diafragma: Moderadamente cerrado, permite ver detalles de papeles y objetos cercanos.

Líneas: Bordes de fotos y documentos generan líneas verticales y horizontales que organizan el encuadre.

Composición: Foto de mamá y su nieto Mateo en el tercio izquierdo, papeles con información médica en el derecho; equilibrio que narra vínculo familiar y contexto de salud.

Colores: Tonos cálidos y cremosos refuerzan sensación de nostalgia y hogar.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Cercano, enfocado en manos de mamá cocinando.

Luz: Suave, natural, destaca acción.

Enfoque/desenfoque: Enfoque nítido en manos y frijoles; fondo ligeramente desenfocado.

Diafragma: Diafragma abierto, crea poca profundidad de campo que aísla el sujeto.

Composición: Manos al centro, enfatizan tarea.

Detalles: Mamá sirve frijoles enlatados por practicidad y falta de tiempo debido a su trabajo.



Estrategia utilizada:

Punto de vista: Cercano, enfocado en manos de mamá lavando trastes.

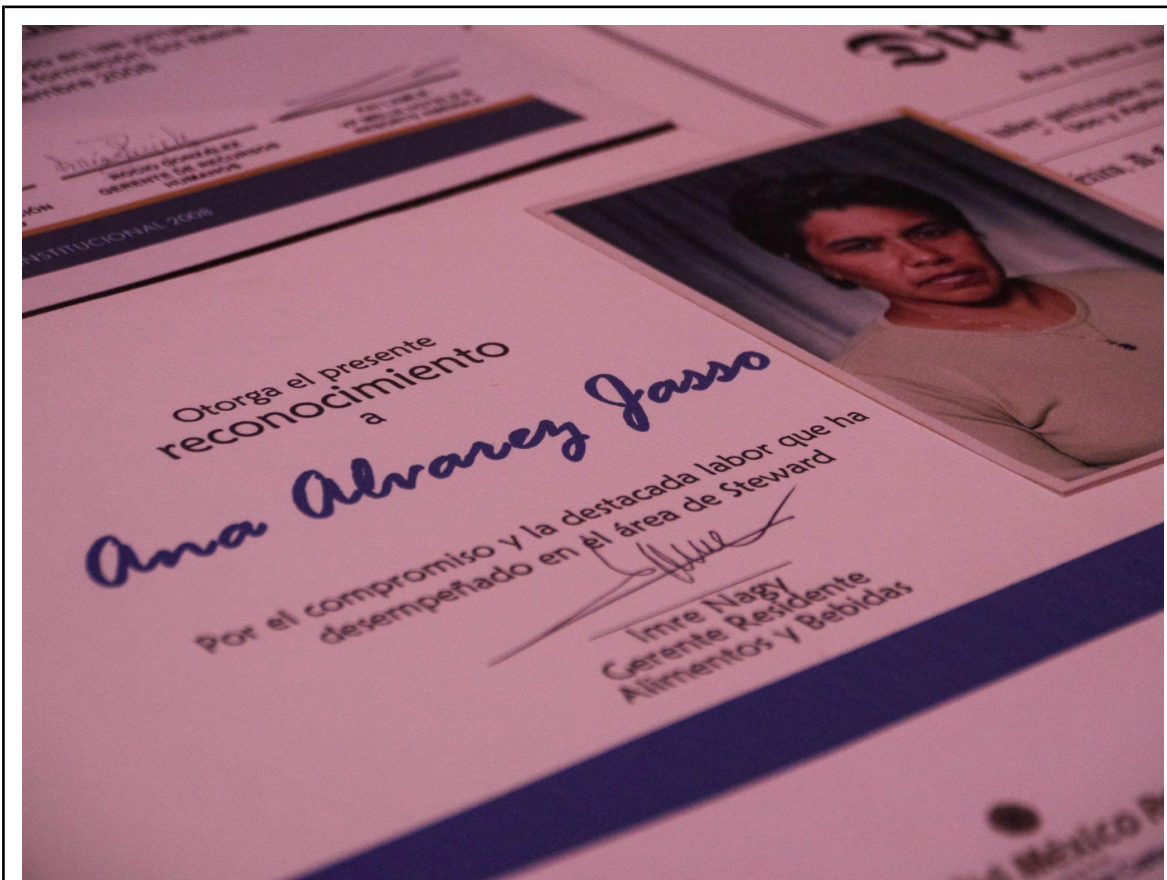
Luz: Artificial, cálida, ilumina bien la acción.

Enfoque/desenfoque: Enfoque nítido en manos y esponja; fondo desenfocado.

Diafragma: Diafragma abierto, poca profundidad de campo, aísla manos del entorno.

Composición: Manos centradas, gotas de agua aportan dinamismo y realismo.

Conclusión: Finalmente, las fotos de diplomas y recuerdos laborales cierran el relato. Aquí se reconoce explícitamente su trayectoria con nombres y rostros, rescatando su memoria del anonimato. En estas imágenes, la narrativa concluye con un acto de justicia visual y afectiva, pues como sostengo en la tesis, nombrar y mostrar estas historias es un acto político que transforma el silencio en memoria y la invisibilidad en dignidad.



Estrategia utilizada: Punto de vista: Cenital inclinado, enfocado en el reconocimiento de mamá.

Luz: Artificial cálida, resalta tonos rosados y letras.

Enfoque/desenfoque: Enfoque nítido en el texto central; bordes ligeramente desenfocados.

Diafragma: Diafragma moderadamente abierto, permite enfoque selectivo en el reconocimiento.

Composición: Nombre de mamá (Ana Álvarez Jasso) en tercio inferior izquierdo, foto en el superior derecho; crea equilibrio y dirige atención a su logro.

	
Estrategia utilizada: Punto de vista: Cercano, desde atrás del hombro de mamá, crea sensación íntima y nostálgica. Luz: Natural lateral, suave, destaca fotos sobre la mesa. Enfoque/desenfoque: Fotos y mano de mamá en foco; fondo desenfocado. Diafragma: Diafragma abierto, genera poca profundidad de campo para centrar atención en recuerdos. Composición: Mamá en tercio derecho, fotos esparcidas ocupan centro e izquierdo, equilibrando la escena.	Estrategia utilizada: Punto de vista: Frontal, cercano, centra atención en la foto sostenida por mamá. Luz: Artificial suave, ilumina bien la imagen. Enfoque/desenfoque: Foto en manos perfectamente enfocada; manos y fondo desenfocados. Diafragma: Diafragma abierto, poca profundidad de campo que destaca la foto. Composición: Foto al centro, manos de mamá enmarcan y dirigen la mirada. Detalles: Mamá es la que está de blanco en la foto; era la jefa de ese departamento.

Reflexiones finales

Este proyecto nació de una necesidad personal y colectiva: reconocer la dignidad de las mujeres trabajadoras de limpieza, en especial de mi madre, y visibilizar sus historias a través de un lenguaje que permitiera narrarlas desde la sensibilidad, el respeto y la memoria. A lo largo de este camino, comprendí que construir un producto comunicativo no es sólo un ejercicio técnico, sino un proceso cargado de decisiones éticas, afectivas y políticas.

Desde la preproducción, mi experiencia como hija e investigadora se entrelazó al observar los silencios, gestos y rutinas que marcaron la vida laboral de mi madre. Este proceso me permitió delimitar un enfoque íntimo que, al mismo tiempo, tuviera resonancia colectiva, reconociendo que su historia representa a muchas mujeres que sostienen hogares enteros desde la invisibilidad.

En la producción, la cámara dejó de ser una herramienta distante para convertirse en una extensión de la escucha, el cuidado y la complicidad. Cada sesión fotográfica implicó reflexionar sobre el lenguaje visual: elegir encuadres que no exotizaran la precariedad, aprovechar la luz natural para honrar la cotidianidad y trabajar de manera colaborativa con mi madre, quien participó activamente al decidir qué momentos y objetos eran significativos para contar su propia historia. Estas decisiones confirmaron que el proceso de construcción del fotorreportaje debía ser también un espacio donde la voz del subalterno pudiera afirmarse.

El análisis del fotorreportaje evidenció que las imágenes no son meras ilustraciones, sino fragmentos de memoria y denuncia. Cada fotografía fue pensada para dialogar con el contexto patriarcal, clasista y racista que analicé en los capítulos teóricos, mostrando cómo las opresiones se encarnan en la vida cotidiana de las mujeres trabajadoras de limpieza. Al mismo tiempo, quise que las imágenes hablaran de resistencia, amor y agencia, evitando que la narrativa quedara atrapada en la victimización. Hoy reconozco que este trabajo no sólo visibiliza la vida de mi madre, sino que también transforma mi propia mirada y reafirma la importancia de la fotografía documental como un acto político. Porque, al final, este proceso me reafirmo que, lo personal es político.

Bibliografía

- Álvarez Bravo, L. (2010). *Lola Álvarez Bravo*. Ciudad de México: Editorial RM.
- Aparicio, J. R., & Blaser, M. (s.f.). *La 'Ciudad Letrada' y la insurrección de saberes subyugados en América Latina*. Manuscrito sin publicar.
- Arévalo Gosen, A. (2021). *Días eternos*. Madrid: La Fábrica.
- Álvarez-Errecalde, A. (2021). Care / Cuidar importa. Recuperado de <https://rebecapardo.wordpress.com/2021/03/08/care-cuidar-importa-de-ana-alvarez-errecalde-mi-homenaje-a-las-mujeres-en-el-8m-2021/>
- Álvarez-Errecalde, A. (2020). *Care. Cuidar importa*. Barcelona: Proyecto independiente / Exposición virtual.
- Aridjis, P. (2002–2005). *Arrullo para otros* [Serie fotográfica]. México.
- Blanco, M. (2012). *Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos*. Andamios. Revista de Investigación Social, 9(19), 49–74. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Berger, J., & Mohr, J. (1982). *Otra manera de contar*. Madrid: Gustavo Gili.
- Collins, P. H. (1990). *Black feminist thought: Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. New York: Routledge.
- Comas d'Argemir, D. (2011). *Los cuidados y sus máscaras. Retos para la antropología feminista*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241–1299.
- Carucci, E. (2013). *Mother*. Prestel Publishing.
- Carucci, E. (2019). *Midlife*. The Monacelli Press.
- Cosci, M. (2020). *El tiempo de las manos*. Montevideo: Fundación Unión.

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) & Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2022). *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS)*.

Davis, A. (1983). *Mujeres, raza y clase*. Nueva York: Random House.

Encuesta Nacional sobre Discriminación. (2023, 25 de mayo). *Las personas con piel más oscura tienen menos acceso a seguridad social y empleo formal: Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2022*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. <https://www.inegi.org.mx/programas/enadis/2022/>

Espinosa Miñoso, Y. (2010). *Escribiendo desde el margen: Ensayos de crítica feminista*. Argentina: En la Frontera.

Estalles, C. (2019). *El trabajo invisible*. Buenos Aires, Argentina: Proyecto independiente.

Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Freund, G. (1974). *La fotografía como documento social*. México: Siglo XXI Editores.

Garduño, F. (1993). *Bestiaryum*. Ciudad de México: Turner.

Grobet, L. *Fundación Lourdes Grobet*. <https://lourdesgrobet.com> (consulta: 9 de mayo de 2025).

Goded, M. (2016). *Plaza de la Soledad*. Ciudad de México: Editorial RM / Turner.

Hans, C. (2018). *Silent Songs*. México: Inframundo Editorial.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2023, 12 de mayo). *Estadísticas a propósito del día del maestro (docentes en educación básica en México. Datos nacionales)*. https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2023/docentes2023_Nal.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2024, 20 de febrero). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. Presentación ejecutiva. Cuarto trimestre de 2023.*

https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enoe/15ymas/doc/enoe_presentacion_ejecutiva_trim4_2023.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2024, 20 de febrero). *Resultados de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, nueva edición (ENOE) cuarto trimestre de 2023.*

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2024/ENOE/ENOE2024_02.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2024). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE).*

Iturbide, G. (1989). *Juchitán de las mujeres*. Ciudad de México: Ediciones Toledo.

Jabardo, M. (Ed.). (2012). *Feminismos negros: Una antología*. Madrid: Traficantes de sueños.

Kahlo, C. (2015). *Cristina Kahlo: Fotografía y cuerpo*. Ciudad de México: Artes de México.

Lestido, A. (2001). *Lo que se ve*. Buenos Aires: La Marca Editora.

Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, (9), 73–101. <https://doi.org/10.25058/20112742.312>

Lugones, M. (2011). Hacia un feminismo decolonial. *La manzana de la discordia*, 6, 105–117.

Mraz, J. (2009). ¿Qué tiene de documental la fotografía? Del reportaje dirigido al fotoperiodismo digital. *Estudios Visuales*, (6), 14–27.

Monzillo, P. (2021). *Los días que tejimos*. Montevideo: Ediciones del Parque.

Ortner, S., & Whitehead, H. (1981). *Sexual meanings: The cultural construction of gender and sexuality*. England: Cambridge University Press.

Polo,B.(2020). Cuidadoras. Cuidopía. Recuperado de <https://www.cuidopia.es/inspiracion/la-exposicion-cuidadoras-fue-un-regalo-que-me-hizo-la-pandemia>

Parcero, T. (2002). *Cartografía interior*. México: Ex Teresa Arte Actual.

Quijano, A. (1991). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11–20.

Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*, (256), 36–37.

Sanchez, S. (1995). *Wounded in the house of a friend*. Boston: Beacon Press.

Soto, E. *Sitio web oficial*. <https://esmeraldasoto.com> (consulta: 9 de mayo de 2025).

Spivak, G. C. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297–364.